

Como muchos de ustedes saben, fui criado en Mississippi. Mis tatarabuelos fueron entre los miembros de mi familia los que colonizaron la tierra que era mi hogar hasta que me fui a la universidad. En Mississippi en aquel tiempo era ilegal para los estadounidenses negros y blancos asistir a las mismas escuelas públicas, y los negros fueron excluidos de la vida pública. Por ejemplo, ellos no eran permitidos beber de las fuentes públicas, o ir a los baños públicos, o nadar en las piscinas públicas; fueron excluidos de los hoteles y moteles, y eran permitidos comer sólo en los restaurantes segregados. Ellos estaban excluidos de la mayoría de las iglesias blancas. En 1954 (mil novecientos cincuenta y cuatro) el Tribunal Supremo declaró que separación de los negros y los blancos en las escuelas públicas era inconstitucional. Yo estaba en la universidad en ese momento, y segregación era un tema candente en los dormitorios y las aulas. Todavía yo estaba en Mississippi cuando James Meredith, un hombre negro, se matriculó en la Universidad de Mississippi, y estalló la violencia. No hasta que volví a la escuela de estudios de postgrado en 1964 (mil novecientos sesenta y cuatro), esta vez en Texas, me dijo mi esposa Ruth que ella vivía en miedo de que me matarían a causa de mi oposición al racismo.

Estoy seguro de que ustedes deben estar preguntándose qué mi historia tiene que ver con las lecturas de hoy. Simplemente esto: Yo sé lo que es criarse en una sociedad en la que las personas son divididas marcadamente como ellos y nosotros, y creo que la lectura del Evangelio de hoy es muy fácil de malinterpretar. El Evangelio puede parecer extraño o incluso ofensivo para nosotros debido a las palabras que usa. En los Estados Unidos algunos de nosotros, aunque obviamente no todos, tendemos ser muy sensibles acerca de nombres despectivos. Tal sensibilidad no era una parte de la cultura durante el tiempo cuando Jesús vivió en la tierra como un hombre. Para algunos de nosotros al menos, una comprensión de la historia y las costumbres en la época de Jesús es útil al leer el Evangelio de hoy.

En aquellos días, los griegos llamaban a los que no eran griegos “ los bárbaros”; los romanos llamaban a los que no eran romanos «los plebeyos»; y los judíos llamaban a los que no eran judíos «los goyim» si hablan hebreo, o «ethne» en griego, en español «gentil». Estos términos en sí mismo eran despectivos, pero también de común uso la gente usaba otros términos aun más despectivos. Los Judíos, por ejemplo, usaban el término «perro» para referirse a los gentiles. Jesús, por supuesto, era un judío. Además, la mujer que está gritándole a Jesús se refiere, no sólo como una gentil, sino como una mujer cananea. Los cananeos eran personas que se consideraban irremediamente mal. También ninguna mujer hablaría a un hombre extraño a menos que ella fuese una prostituta. Aquí está una mujer que ningún judío tendría cualquier trato bajo ninguna circunstancia.

Sin embargo, esta mujer le gritó a Jesús, para pedirle que cure a su hija. Al principio él no le responde a la mujer. Cuando sus discípulos le dicen que la atienda, Jesús dijo: «Yo no he sido enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel». Ustedes recordarán que más temprano cuando Jesús envió a los doce en una misión, él les había dicho, «No vayan a tierras de paganos ni entren en pueblos de samaritanos. Diríjense más bien a las ovejas perdidas del pueblo de Israel» (San Mateo 10:5b-6), y cuando San Pablo salió en sus viajes de la misión, siempre primero fue a los judíos en la zona. Con algunas excepciones, por supuesto, sólo la gente judía tenía un concepto de un Mesías judío. Muchos de ustedes, sin embargo, pueden recordar la historia del centurión romano que, al principio del ministerio de Jesús, le pidió a Jesús sanar a su sirviente. Cuando Jesús estaba a punto de llegar a sanar el sirviente, el centurión

dijo: «Señor, ¿quién soy yo para que entres en mi casa? Di no más una palabra y mi sirviente sanará» (San Mateo 8:8) ¿Respuesta de Jesús? «Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel con tanta fe. Yo se lo digo: vendrán muchos del oriente y del occidente para sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos» (San Mateo 8:10b-11).

¿Qué sabe esta mujer acerca de un Mesías Judío o acerca de Jesús mismo? Ella era una gentil que vivía en una tierra extranjera a los judíos, pero se dirigió a él diciéndole, «Señor, hijo de David, ten compasión de mí». San Mateo nos está diciendo que ella sabía algo de la promesa de Dios para enviar a un Mesías, porque «Hijo de David» es un término mesiánico. Algunos estudiosos también creen que ella estaba llamándolo a él como Dios, porque estaba usando la palabra «Señor», la palabra que los judíos usaban para invocar a Dios. No más información se nos da. Esta mujer extraña continuó gritándole a Jesús: «¡Señor, ayúdame!» Cuando Jesús le responde, aunque sus palabras pueden sonar duras para nosotros, sugiero que Jesús le hablaba suavemente, porque usa el diminutivo, «perrito» cuando dijo: “No está bien quitarles el pan a los hijos para echarse a los perritos». Si la mujer fue ofendida, ella ciertamente no muestra que lo está. En cambio, persiste, «Es cierto, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos». Ahora cuando Jesús le responde a ella, se nos recuerda de su declaración al centurión. A ella le dice, «Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas». Y en aquel mismo instante quedó curada su hija.»

El Evangelio de hoy nos dice que el cuidado de nuestro Señor Jesús se extiende mucho más lejos que los límites de la raza y las naciones a los corazones de todos. Como leemos en la carta de San Pablo a los Efesios:

Acuérdense de que fueron gente pagana. . . . En aquel tiempo no esperaban un Mesías, no tenían parte en el pueblo de Israel y no es correspondían las alianzas de Dios ni sus promesas; ustedes vivían en este mundo sin esperanza y sin Dios. Pero ahora, en Cristo Jesús y por su sangre, ustedes que estaban lejos han venido a estar cerca. El es nuestra paz. El ha destruido el muro de separación, el odio, y de los dos pueblos ha hecho uno solo. . . . [Reunió] a los dos pueblos en él, creando de los dos un solo hombre nuevo (Efesios 2:11-15).

Hace varios años mi amigo negro y colega, Clayton Holloway, me dijo, «John, voy a volver a Carolina del Sur. En Iowa no es políticamente correcto ser prejudicado, por lo que llevo a las personas al pie de la letra y sigo metiéndome en situaciones embarazosas. En Carolina del Sur si una persona no me habla, no hablo con él. Si él me saluda, lo saludo. Allí yo sé de dónde vienen las personas». Jesús ahora les llama a reconocer los muros que él ha destruido, los muros que el prejuicio y la hostilidad levantan una vez más. Que conozcamos dentro de nuestras mentes y corazones el amor y cuidado que nuestro Señor extiende a todos, no importa el color de su piel o su condición jurídica o su religión, y que compartamos la fe de la mujer cananea y el centurión romano para que nosotros también seamos curados y seamos los sirvientes fieles de nuestro Dios.